

ct

La última cena de Lili Marleen

de
Miguel Ángel Martínez

(completo)

"MADRE CORAJE: Ya te he dicho que tienes que esperar a que haya paz. ¡Sobre todo nada de soldados! ¡Espera a la paz para coquetear! (...) Preferiría que fuera como una piedra de Dalarna, en donde no hay otra cosa, y que la gente dijera que la lisiada no llamaba la atención. Entonces no le pasaría nada."

B. Brecht

Locutorio de una prisión militar. Un joven SOLDADO soviético está sentado ante una mesa sobre la que hay un documento y un bolígrafo. El SOLDADO habla a su abogado. Berlín, mayo de 1945. Ha terminado la guerra.

(Al comenzar la acción, el SOLDADO está leyendo el documento. Finaliza. Toma el bolígrafo con la mano izquierda y va a firmar.)

SOLDADO

(Respondiendo a su interlocutor invisible.): No, señor, ninguna duda. Sí señor... Que acepto su nombramiento, mi teniente, como abogado defensor en este consejo de guerra. Y que me comprometo a colaborar plenamente con usted, mi teniente en esclarecer las circunstancias de las que se me acusa. Sí señor. *(Firma el documento, mira al frente. Está escuchando una pregunta.)* No señor, no tengo nada que alegar a lo declarado por el cabo de la patrulla. *(Silencio.)* Así es, señor, cuando entró la patrulla en la casa yo tenía la pistola en la mano. *(Silencio.)* Sí señor, acababa de disparar. *(Silencio.)* ¿Voluntariamente? Podría decirse que sí, señor..., que fue un acto voluntario y también... creo que un acto reflejo. *(Silencio.)* Sí señor, me explico: desde luego fue mi mano la que apretó de manera voluntaria el gatillo, que en ningún caso fue un accidente con el arma, al menos no con el arma... Me refiero a que más bien lo accidental fueron... las circunstancias. *(Silencio.)* Todas, señor, desde esa misma mañana, que cruzamos la frontera alemana, hasta la noche, cuando entra la patrulla en la casa. *(Silencio.)* Sí señor. Nada más pisar suelo alemán fue lo primero que me dijo Atila: "Manohembra, esta noche nos cenamos a una Lili Marleen". *(Silencio.)* Sí señor, por Atila me refiero al sargento Prózorov. Provenía de la estepa. Por eso y por su temeridad en el combate, para la tropa era el "camarada Atila", aunque solo yo era el único soldado al que permitía llamarle así directamente. *(Pausa.)* Sí señor, puede decirse que más que sargento y soldado éramos amigos. A simple vista, poco tendrían en común el rudo y supersticioso campesino estepario que había sido el sargento y yo, un estudiante de violonchelo de cuarto año del conservatorio de Leningrado. Supongo, como decía un personaje -me parece que un guardia del zar de alguna novela de Tolstoi- que "la guerra es capaz de forjar amistades inverosímiles pero además enemigos más inverosímiles todavía". *(Silencio.)* Desde el asedio de Stalingrado, señor. En un asalto contra los alemanes, al sargento se le encasquilló el arma y yo ametrallé al alemán que ya le encañonaba. Después de aquello fuimos inseparables: "Te nombro oficialmente mi ayuda de campo". Así, gracias al capricho de la guerra y a la superstición esteparia logré una distinción que multiplicó mis posibilidades de sobrevivir. *(Silencio.)* Manohembra, señor. Así me bautizó precisamente después de Stalingrado *(Mirándose las manos abiertas.)* "En mi tierra dicen: Suaves y delicadas como las de una doncella, más veloces que las de una puta cualquiera". *Son manos de músico, Atila.* "Y si aún, para más inri, la que manda es la izquierda, ¡Ecce homo! He aquí al

demonio con siniestras manos de hembra”. *Son manos de músico zurdo. (Pausa. Se queda ensimismado. Como respondiendo a una pregunta.)* Sí, señor, vuelvo a aquella mañana: “Esta noche, Manohembra, tú y yo nos cenamos una Lili Marleen”. No era la primera vez que lo hacíamos. *(Pausa.)* Toda la tropa sabía que cuando ocupábamos un pueblo disponíamos de ocho horas para saquearlo. Esa noche el sargento y yo entraríamos en una y otra casa para matar a todos los hombres que quedasen en ellas, tarde o temprano encontraríamos una mujer de más de diez o doce años a la que Atila se llevaría a un rincón. Él se ocuparía de ella en un rincón mientras yo registraba el resto de la casa. Después Atila encendería un cigarro y saldría a la calle a esperarme: “Te toca cenar, Manohembra, y termina antes de que me acabe el petardo” *(Silencio.)*. En el sargento coincidían su propio instinto y el escrupuloso respeto al escalafón militar al establecer los turnos de la “cena”. *(Silencio.)* No señor. Yo no hacía lo mismo. No podía. Me quedaba solo con ellas. Atila siempre las dejaba con vida, a mi me decía que para que no me tomase la cena fría y a ellas “Recordarás todos los días a nuestra madre patria, y pido a San Nicolás de Bari que te bendiga ese recuerdo dentro de nueve meses”, y salía a fumar. *(Silencio.)* Entonces yo me quedaba solo con la mujer, a veces con la niña, en un rincón de una casa polaca, húngara, eslovaca, austriaca... Pero no podía cenar. *(Silencio.)* Experimentar deseo por una mujer que grita y patalea y a la que hay que golpear para que deje de hacerlo es para mí simplemente imposible. Solo la vista de su cuerpo devastado por el paso de Atila anulaba cualquier atisbo de deseo. *(Silencio.)* Las atendía, señor, como podía... En lo que tarda un cigarrillo en consumirse les daba un poco de agua, les restañaba la herida más grave con algo de mi botiquín y les echaba una manta por encima. *(Silencio.)* En un día o dos llegábamos a alguna ciudad, donde siempre nos esperaban alcohol y prostitutas y los soldados de la tropa celebrábamos que aún vivíamos. *(Silencio.)* Entonces, entre las sábanas y los efluvios del vodka, el cuerpo de la prostituta se me hacía violonchelo y yo volvía a hacerme hombre provisionalmente. La mujer-violonchelo era una fantasía que cubría como una manta la desnuda memoria reciente. *(Silencio.)* Sí, señor, discúlpeme, vuelvo a la casa. Cuando entramos parecía abandonada. Luego escuchamos el gemido de un bebé en la cocina. “Escúchame bien, camarada Manohembra: que no te engañen tus ojos, eso que ves ahí no es una mujer. Tiene ojos de mujer, pelo de mujer y cuerpo de mujer, pero las mujeres de verdad están muy lejos, esperándonos, deseándonos en nuestras casas. Eso que ves ahí con forma de mujer es el coño por el que muere y mata el enemigo. Es el coño de donde sale y vuelve a entrar y en el que se corre el enemigo. Es su coño madre, su coño esposa, su coño hermana, su coño novia o su coño hija: tu coño enemigo, camarada”. La no-mujer es bellísima: una auténtica Lili Marleen que nos está esperando después de cuatro años de barro y miedo en nuestras botas. “Camarada, la metralla nos hace hermanos de sangre, pero meter la polla en un coño encharcado por otro camarada nos hace hermanos de leche”. La no-mujer es una verdadera valquiria de Wagner con un bebé en el pecho y un niño de seis o siete años que lloriqueaba agarrado a su falda. Tiene unos muslos largos y tersos de yegua joven. Cuando Atila le arranca la blusa aparecen unas tetas blancas y densas y dos pezones negros de los que manan un hilillo de leche. “¿Sabes lo que significa meter tu polla rusa en este coño alemán? Un coño por cada camarada abatido, un coño en honor de cada polvo que ya nunca podrán echar nuestros muertos. Un polvo y un coño en honor a aquel alemán de Stalingrado que ya no podrá follarse nunca más a esta Lili Marleen”. *(Silencio.)* Lili Marleen deja suavemente al bebé en brazos del mayor, y los aparta con una sonrisa “Mira, la zorra sabe a lo que hemos venido los lobos. Con tal de que no toquemos a sus bastardos sería capaz de chupárnosla a la vez”. Lili Marleen apoya el torso boca abajo sobre la mesa de la cocina. Se levanta la falda, separa y afirma las piernas en el suelo. “La cena está servida”. Yo llevaba más de tres semanas sin probar bocado. Por eso se me pone dura y me pesan los testículos hasta doler. “Camarada, en lo que yo les fabrico un hermanito bolchevique mantén a los bastarditos en el rincón”. Mientras Atila está cenando, el niño se echa a

llorar en el rincón y también el bebé se echa a llorar en un rincón de los brazos de su hermano. “Haz que se callen, joder. No puedo concentrarme.” *¿Y qué quieres que haga yo?* “Llévatelos a cualquier otro sitio de la casa, o mejor les pegas un tiro en el jardín.” Lili Marleen, me está mirando desde detrás de la maraña de su pelo. *Como los saque de aquí, su madre se pondrá como una leona y entonces tendrás que cenarte un cadáver.* Lili Marleen, me está clavando sus ojos. *Lo que tienes que hacer es correrte ya de una puta vez, Atila.* “Con ese condenado lloriqueo no puedo, joder. Mátales. *Qué coño dices* “¡Que los mates: es una orden, Manohembra!””. Lili Marleen, me está clavando sus ojos salvajes y fríos desde más allá de todo. *Cena tú carroña, si quieres, pero yo no mato niños.* “Hijo de puta, ¿es que tengo que hacerlo yo todo?””. Atila se ha incorporado y tiene su arma en las manos, la monta y apunta a los niños. Es entonces cuando los niños encuentran a su madre, cuando encuentran el rostro y la voz de su madre. *(Se escucha la canción de Lili Marleen en voz de Marlene Dietrich. Tras unos instantes de silencio.)* No sé si la no-mujer está cantando una nana o arrullando una canción, pero los niños poco a poco cesan de llorar. Sin dejar de mirarlos, de sonreírles y de cantarles o arrullarles, Lili Marleen vuelve a servirse a Atila sobre la mesa y Atila continúa cenando vorazmente a Lili Marleen sin que ella deje de mirar, cantar y arrullarnos. *(Silencio.)* “Ahora te toca a ti, Manohembra”. *¿Eso es otra orden?* “Tómalo como quieras. Aprovecha porque será la última cena de esta puta guerra”. *(Silencio.) No tengo hambre.* “Pues te la inventas, soldado.” *Larguémonos de aquí, Atila.* “Sargento.” *De acuerdo, sargento... hay más casas, objetos de valor que...* *(Se interrumpe.)* Atila ha vuelto a coger su fusil. Está apuntando a los niños. “No me queda otra.” Está apuntando a la cabeza del bebé. “Eres tú quien no me da da otra opción.” Está apuntando a la cabeza del hermano mayor. *¡De acuerdo! Me la follo.* *(Deja de sonar la música. Silencio.)* Lili Marleen sirve de nuevo la cena. Es la valquiria más hermosa de Wagner y otra vez está con sus hijos. Yo me desabrocho el cinturón, y aunque sé que ella no va a gritar ni a patalear, no puedo tenerla dura, ni me pesan ni duelen los testículos. En cambio, sí siento duro el cañón de la pistola que empuña mi mano hembra, y siento pesada su culata repleta de plomo y también siento el dolor del disparo que le atraviesa el pecho... Porque era mi amigo, el sargento Prózorov, Atila, el amigo inverosímil y el enemigo más inverosímil todavía que me había dado esa guerra que estaba terminando. *(Silencio.)* Como aquel día de Stalingrado, mi mano hembra se adelantó y disparó por mí a quien encañonaba a los niños que iban a morir en el acto, justo cuando yo me corriese. Iban a morir por mi culpa y por mi mano en una concepción a la inversa. Lili Marleen iba a parir sus muertes una y otra vez para siempre. Y San Nicolás de Bari quizá iría a bendecir su vacío con otro hijo de la guerra. *(Silencio. Vuelve la canción en solo de violonchelo.)* Sí, señor. Todo eso sintió mi mano hembra antes de apretar el gatillo y acabar así de una vez por todas con la guerra de Atila, con la de Lili Marleen, con la de sus hijos y con la mía.

(Oscuro final.)